

UVA. BHSC. LEG. 13-2 n°1057

Li2

Leg 13 paquete 2

fo. L12.

1057

ORACION FUNERARIA
EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS EN LA VILLA DE PORTILLO

EL 11 DE MAYO DE 1864,

por

EL MUY ILUSTRE Sr. D. ALONSO PIÑENTEL,


DUQUE DEL CONDE DE BENAVENTE,

en cuyo día fueron trasladados sus restos del lugar que ocupaban en el Hospituario de la Fuencerrada de dicha Villa, á la Iglesia Parroquial de Santa María la Mayor de la misma.

FRONTERIS

por el Dr. D. Domingo García,

Profesor de Filosofía en la Universidad de Valladolid.

HTCA
 U/Bc LEG 13-2 nº1057

 1>0 0 0 0 5 5 3 8 7 3

921 y

1004

ORACION FUNEBRE
EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS EN LA VILLA DE PORTILLO

EL 11 DE MAYO DE 1854,

POR

EL MUY ILUSTRE SR. D. ALONSO PIMENTEL,

HIJO DEL CONDE DE BENAVENTE,

en cuyo dia fueron trasladados sus restos del lugar que ocupaban en el Monasterio de la Fuentesanta de dicha Villa, á la Iglesia Parroquial de Santa María la Mayor de la misma:

PRONUNCIADA

por el Dr. D. Remigio García,

Profesor de Filosofia en la Universidad de Valladolid.



VALLADOLID — 1854

IMPRENTA DE D. JUAN DE LA CUESTA Y COMPAÑIA.

GRANDE

EL LAS SUELTAS EXHIBIDAS

COMUNICACION

EL 11 DE MAYO DE 1882

FOR

EL SEÑOR DON ALONSO PIMENTEL

DE LA CIUDAD DE MADRID

que en virtud de la presente se le ha concedido el uso de la denominación de

de la

COMUNICACION

por el Sr. D. Alonzo Pimentel

Profesor de Historia en la Universidad de Valencia

Habui claritatem ad turbas.... et habebo immortalitatem.

Sap. Cap. 8, vv. 10 et 13.

El hombre no deja la vida presente para volver á la nada de donde ha salido; su fin es mas noble y sublime. El Señor, su Dios y Criador, le ha dado la existencia y jamás le privará de ella totalmente. Es cierto que muere á esta vida de lágrimas y de aflicciones; pero es para nacer á otra vida feliz y mas dichosa, la vida de la inmortalidad. Es verdad que su cuerpo, este cuerpo material y terreno se descompone y reduce á polvo en el sepulcro; porque tal es la pena que él mismo se adquirió con su pecado, por él entró la muerte en el mundo y con ella la corrupcion; por eso se le dijo: «polvo eres y en polvo te has de convertir.» Pero esa pena no habia de recaer sobre su alma, esta alma espiritual é inteligente que anima nuestra vida, porque ella vive y vivirá eternamente; y cuando llegue el tiempo designado en los consejos de Dios, volverán á reunirse las cenizas de su cuerpo, y el hombre saldrá del sepulcro para no volver á morir. La muerte, pues, es para el hombre un remedio que le libra de los males y desgracias de esta vida de trabajos, el camino que le conduce á esa vida feliz á que ha sido destinado, que le abre las puertas de su verdadera pátria, donde ha de gozar el premio de sus buenas

obras. Y en tanto que sus parientes y amigos lloran al rededor de su tumba, recordando sus virtudes y bendiciendo su memoria, él disfruta en los cielos la corona que mereciera.

¡Qué ideas estas tan sublimes, amados hermanos! Ellas nos son recordadas por la Iglesia al hablarnos de nuestro origen y de nuestro fin: «de Dios hemos venido y á él volveremos otra vez;» su dedo poderoso ha grabado en nuestras almas ese nobilísimo carácter de la inmortalidad, ante el cual desaparecen como vanas sombras las glorias, las grandezas y todos los honores que el mundo puede ofrecernos. Y ¿cómo no sentir, penetrado nuestro corazón de estos grandiosos pensamientos en presencia de este fúnebre aparato, y al escuchar las sentidas frases del santo y paciente Job, que al tiempo mismo que nos recuerdan la brevedad y la nada de nuestra vida, nos hablan de esa feliz eternidad, donde hemos de ver con nuestros propios ojos á Dios nuestro Salvador? ¿Cómo no recordar la inmortalidad en este momento en que, guiados por la fé y por la piedad, ofreéis al Señor el sacrificio de vuestras oraciones en favor de un hombre ilustre por su sangre y por sus hechos, que hace dos siglos y medio que descendió al sepulcro? (1) Su nombre no se ha borrado ni borrará jamás de la memoria de los buenos españoles, la historia le ha conservado un lugar distinguido en sus anales; y vosotros, al ofrecer estos sufragios por el descanso eterno de su alma, pagais la deuda que el reconocimiento y la gratitud os imponen hácia el que se mostró en su vida y en su muerte bienhechor de esta Villa.

Y al repetir con estos funerales lo que hace mas de doscientos años se hiciera, al recordar la memoria de sus gloriosas acciones, ¿podré yo usar de un lenguaje profano y poco conforme á la piedad? No; eso es propio de una fiesta del mundo, y no del lugar santo que ocupó, y menos

(1) El ilustre Sr. D. Alonso Pimentel, murió en 1614 á los 121 años cumplidos de su edad.

al frente de esa tumba que, recordando la nada de las cosas de la tierra, rechaza la vil adulacion que intenta prolongar las ilusiones hasta mas allá del sepulcro. Otro es el lenguaje que conviene á mi ministerio, el lenguaje de la fé y de la piedad.

Las acciones de los hombres, aún cuando sean Nobles y Grandes del mundo, son nada á los ojos de la Religion cuando no tienen parte en ellas la fé y la virtud, estas solas las engrandecen y las hacen sobrevivir á todos los siglos, á todas las generaciones. Si el muy ilustre y muy esclarecido Señor D. Alonso Pimentel, Capitan general del fuerte de la Goleta, Gobernador del castillo de Milán, Comendador de Villarrubia, en la Orden de Calatrava; octavo hijo del muy ilustre Sr. D. Alonso Pimentel, quinto Conde de Benavente, y bienhechor de esta Villa, no hubiera sido mas que un Grande del mundo, si hubiera terminado su vida lleno de esa gloria efímera que tanto aprecian los mundanos, pero vacío de fé y de caridad, ¿qué parte podría tomar la Religion en su elógio? Ninguna ciertamente. Pero por fortuna hallamos en su vida, al par que las hazañas de un guerrero denodado, fiel á su Pátria y á su Rey, esos rasgos generosos de un Caballero cristiano, esa fé ardiente de un Católico devoto, esa caridad insigne del que guiado por los principios de la Religion, quiere borrar con limosnas las culpas de su alma. Por lo primero fué esclarecido en su tiempo entre los valientes Jefes del ejército Español, y por lo segundo habrá conseguido la misericordia del Señor, que ha prometido usar de clemencia con los caritativos y misericordiosos. *Habui claritatem ad turbas... et habebo immortalitatem*: ved en estas palabras compendiado su elógio fúnebre. Oid con atencion para que os movais á pedir al Señor por su descanso en la gloria.

El hombre, despues de breve representacion, desaparece del teatro de la vida como hoja arrebatada por el viento. Y ¿de qué le habrán servido los vastos talentos, las riquezas, los honores y la nobleza de la sangre que le hace superior á sus semejantes, si le falta la gracia de su Dios, si su alma no está adornada de las virtudes? Si la fé y la Religion no dirijen sus acciones, ni arreglan sus costumbres; si desvanecido con esas distinciones se olvida de sus deberes, pierde su alma para siempre, y en vez de alabanzas, solo merece el desprecio y el olvido. Porque todas esas prendas excelentes, que en tanto son buenas y dignas de gloria en cuanto se emplean conforme á los preceptos de la fé, le comprometen á ser mas virtuoso, porque el Señor ha sido quien ha puesto en los Grandes esas qualidades eminentes que tanto les distinguen, para que sirvan á la felicidad de los pueblos, á la seguridad de los estados, á la defensa de los altares, á la gloria de la humanidad; y todo lo que no sea dirigirlas á este fin, es abusar de esos dones del Señor, que quiere conducir á los Grandes por el buen uso que de ellos hagan á la felicidad de la gloria. Pero si el orgullo los corrompe y los desnaturaliza la soberbia, entónces son perdidos para ellos, perdidos para los demás á quienes debieran edificar y hacer felices.

Es cierto, que acostumbrados nosotros á juzgar de esos dones segun las ideas del mundo, no vemos en ellos mas que ese brillo exterior que nos deslumbra y arrebatada nuestra admiracion; y prescindimos totalmente de esa gloria modesta pero sólida y durable, que resulta de emplearlos segun la voluntad de Dios y los preceptos de su ley. Pero este fúnebre aparato, y esos cánticos religiosos que suenan en nuestros oidos, nos enseñan cuán vanos son los juicios de los admiradores del mundo, cuán falsa la gloria que ellos adoran; porque nada de lo que perece es grande: solas las virtudes merecen este dictado, porque ellas no perecen con nosotros, la muerte las asegura una eterna estabilidad, y

una corona inmutable. Y en tanto que la grandeza del mundo se desvanece y aniquila precipitándose en el sepulcro, solo subsisten las virtudes que nos hacen agradables á Dios y amables á los hombres. Ellas, saliendo resplandecientes de entre nuestras yertas cenizas, harán que se conserve nuestro nombre hasta la mas remota posteridad. Sí, porque solos los que temen á Dios y cumplen sus preceptos, serán dignos de alabanzas y de esa gloria que solo merece la virtud.

Ved aquí, Señores, la primera y mas interesante leccion que nos ofrece esa tumba, bajo la cual descansan los frios restos de un hombre ilustre, en quien se reunieron cuantas grandezas y glorias puede ofrecer este mundo. Un nacimiento ilustre entre los mas distinguidos de Castilla; una sangre esclarecida, cuyo origen se confunde en la oscuridad de nuestros siglos primitivos; un nombre glorioso, que recordaba los héroes de Benavente, que siempre marcharon en la vanguardia contra los enemigos de la Pátria; una familia, en fin, á quien los Monarcas de Portugal y de Castilla, ennoblecieron á porfía por sus eminentes servicios: Riquezas, honores y distinguidos empleos, todo esto encontramos reunido en el ilustre Sr. D. Alonso Pimentel. Pero, ¿y qué es lo que se conserva hoy de todo ésto? Unos cuantos huesos descarnados, cubiertos del polvo de los siglos: ellos nos recuerdan la miserable condicion de los hombres, sea cual fuere su clase y su estado; ese es el término de la grandeza humana, el paradero de la belleza y del valor: en el sepulcro yacen confundidos los grandes y los pequeños, los miserables y los poderosos: en nada se distinguen los áridos restos del pobre de los del rico, un mismo polvo los cubre, porque éstos nada trajeron de sus riquezas: solo perseveran sus hechos y sus virtudes. Eso es lo único que se ha conservado hasta nosotros del hombre ilustre, por cuyo descanso eterno ofreceis estos sufrágios.

En la dilatada carrera de su vida, supo dirigir á un fin recto las nobles cualidades que el Señor le concediera. Ofre-

ció su brazo á la defensa de la Religion , del Trono y de la Pátria; en su servicio empleó los primeros y mejores años de su vida , legando á los siglos venideros con las hazañas de su valor, otros monumentos de su fé y de su caridad, que nunca serán puestos en olvido. Por todo lo que mereció los respetos y las alabanzas de sus contemporáneos , y el aprecio de los que combatieron á su lado y bajo su mando contra los enemigos de la Pátria. Los campos de Logroño y de Pamplona , fueron los primeros que presenciaron su valor, cuando en compañía de su padre D. Alonso , fué á rechazar al Sr. de Asparros, General del ejército Francés que, prevalido de la debilidad de la España , dividida por sus guerras intestinas , se atrevió á invadir el siempre heróico suelo de Navarra. Allí aprendió de su esforzado padre , el arte terrible de la guerra , combatiendo á su lado en la gloriosa batalla de Ezguirros , donde fué completamente batido el ejército invasor y apresado su General.

Ya experimentado en la milicia, tuvo ocasion de dar otras pruebas de su valor y de su amor á la pátria, en la célebre espedicion de Africa , dirigida por el Emperador Carlos V: en compañía de sus hermanos el Conde de Benavente y el Marqués de Viana , marcha á reunirse al ejército español, que se preparaba á salir de Barcelona, contra el famoso corsario Barbarroja , cuyos bajeles derramaban el espanto y el terror en las costas de Italia y de Sicilia. ¿Cómo olvidar las hazañas de D. Alonso en esa campaña tan gloriosa? No, nunca se borrará de la historia el día 18 de Junio de 1535. En ese día el Conde de Benavente, acompañado de sus hermanos , destrozó completamente al ejército enemigo ; y no envainaron la espada hasta que vieron conquistada la Goleta, invadida la Capital y restituido en su trono al célebre Muley-Hasem, aliado del Emperador.

No bien se concluyera esta empresa tan gloriosa, cuando el génio de la discordia excitando la envidia de los franceses, que no podian ver tranquilos la gloria de nuestra pátria, los mueve á intentar la guerra para debilitar su poder. En

esta ocasion el intrépido D. Alonso vuela á Italia para defender el Ducado de Milan, y mostrarse digno descendiente de tantos héroes ilustres, que consagraron al servicio y á la gloria de la pátria su sangre y sus esfuerzos. No sola su nobleza, sinó su valor y talentos militares, le hicieron distinguirse entre los jefes de aquellos famosos tércios de Castilla, que en cien y cien ocasiones hicieron doblar la cerviz á los enemigos de España. Por lo cual mereció el noble y distinguido cargo de Castellano de Milan, es decir, Gobernador y Jefe de la primera fortaleza que en Italia poseían los españoles; á su fidelidad y valor se encomendó la defensa del punto mas codiciado por los franceses, y por cuya conservacion se habia derramado tanta sangre; por sus representaciones al Monarca, se aumentaron las obras de defensa de aquella importante plaza, y á su enérgica constancia se debió el que se terminasen á pesar de la revolucion que para impedir las promovieron los vecinos de Milan.

Sin embargo: ¡cuán sensible sería para un caballero tan cristiano haber de pelear contra otros cristianos, cuando veía á los enemigos de la Religion lanzar sus ejércitos y sus armadas sobre los pueblos católicos! Obligados éstos á dividirse por los manejos de la Francia y de los protestantes, apenas podian atender á la defensa de sus costas y de sus fronteras. Pero la España que parecía aumentar sus fuerzas y su valor, al paso que se aumentaban sus enemigos, los resiste en todas partes, pelea contra el Francés que la acusa, contra los sectarios y contra los turcos que la combaten, y en Italia y en Ungría, en los mares de Sicilia y en los de Africa, corona sus banderas con cien laureles. En esta guerra sagrada tuvo la gloria el ilustre D. Alonso de hallarse al frente del enemigo, en el punto mas peligroso.

La plaza de la Goleta que habia sido conservada, ya para refrenar á los Arabes, ya para que sirviese de base á nuevas conquistas, necesitaba un jefe experimentado y valiente que supiese conservarla; D. Alonso que tantas pruebas habia dado de esas cualidades en el castillo de Milan, fué escogido

para eso, la pátria volvía á encomendarle la defensa de su gloria, en la conservacion de esa plaza interesante y en unas circunstancias tan peligrosas. La fé aumenta su celo y su valor, la cruz de Calatrava que brilla en su pecho, acordándole los deberes de un caballero cristiano, le obliga á mostrarse digno de ser contado entre los héroes de esa milicia sagrada que tanto contribuyó á libertar á la España del yugo de los Arabes. Lleno de confianza en el valor de sus soldados, nada teme de los enemigos que le rodean por todas partes, expiando un momento de descuido. Hace alianza con el intrépido y desgraciado Amida, le ayuda en sus empresas, y por último le ofrece un asilo en la Goleta. En vano los Arabes se esfuerzan en recobrarla, D. Alonso rechaza sus repetidos ataques, quebranta cien veces su temerario furor, su espada es el terror de los Moros; y cuando el renegado Uluc Alí, pensó apoderarse con ardid de la plaza confiada al honor de D. Alonso, vió destrozado su ejército, incendiados sus bajeles; y él mismo cubierto de ignominia, hubo de huir precipitado de los valientes soldados de Castilla que lanzára contra él el ilustre General.

Por estas y otras muchas hazañas en que demostró su valor y su ardiente amor á la pátria, mereció con los honores y distinciones que el Monarca le concediera, el aprecio y la estimacion de los soldados y de los pueblos; todos reconocían en el ilustre General, uno de los buenos adalides que en aquel siglo de gloria habia producido la España. Sin embargo, poco valdría todo esto á los ojos de la Religion, si la fé y la piedad no hubieran ennoblecido una vida tan gloriosa para el mundo. Esos honores y distinciones no hubieran salvado su nombre del olvido, como no salvaron el de tantos otros que tambien los disfrutaron, y que hoy yacen como sus cuerpos, entre el polvo del sepulcro.

Pero el esclarecido D. Alonso, no olvidó jamás los deberes de un caballero cristiano, para quien la fé y la piedad valen mas que todas las grandezas de la tierra. Ya tocaba á los sesenta y dos años de su edad, y reconociendo que la vida de

los campamentos es poco á propósito para la vejez, y que sus fuerzas no podrian sostener el peso de las armas, resuelve retirarse. Tantos años pasados en los trabajos de la milicia, y en los peligros de los combates, le hacían desear el descanso de la vida privada, para entregarse mejor á la virtud; ella le hacía olvidar los años primeros de su vida, para solo pensar en los eternos. El afecto que profesaba á su familia, le hizo fijar su morada en esta Villa, donde aún vivió 60 años, ocupado en prepararse á la muerte, como lo demuestran las obras de su piedad que han llegado hasta nosotros. Él fundó el monasterio de Agustinos de la Fuentesanta, y le escogió para lugar de su sepultura. Este rasgo de piedad nos descubre la fé ardiente de su alma, pues en esos mismos dias precisamente, era cuando los sectários del impío Lutero, que apostatando de la Religion habia formado el empeño de destruirla, recorrían el norte y aún el centro de la Europa, devastando los templos, incendiando los altares, profanando las reliquias de los santos, y predicando contra los mas augustos misterios de la fé. Y ¿qué otra prueba mayor de piedad podia llegar D. Alonso á los siglos venideros, que la fundacion de una casa religiosa, cuando tantas eran destruidas; que la construccion de un templo mas donde el Señor fuese bendecido dia y noche, por los piadosos Cenobitas que buscaban su salvacion al pie de los altares? A este rasgo de fé ardiente, añadió otro de caridad insigne, que se conserva hasta hoy.

Recordando sin duda el consejo que diera el profeta Daniel al Rey de Babilonia: «redime tus pecados con limosnas, porque la caridad con los pobres, libra de la muerte eterna.» (1) Fundó una memoria perpétua para dotar á las doncellas pobres de esta Villa y de su tierra, haciendo de este modo que su caridad se extendiese hasta las mas distantes generaciones, las que nunca podrán olvidar el nombre del piadoso fundador, á quien bendecirán las jóvenes que participan de los efectos de su caridad para con los necesitados. ¿Cómo no habia de esperar la misericordia

(1) Dan. cap. 4.

de Dios con estos actos de virtud tan agradables en su presencia, y por los que ha ofrecido su bondad una corona inmutable? Sí, el Señor que le concedió una vejez tranquila y de una tan larga duracion, habrá recojido su alma en el seno de los justos; mas como aún podría tener necesidad de vuestros sufragios y oraciones, no debeis escasear vuestra piedad para con el ilustre bienhechor, cuya memoria no olvidaron vuestros mayores; ellos, como vosotros, vieron los efectos de su caridad y de su fé, y bendijeron su nombre.

Los hechos heróicos de su vida, si bien apreciables y dignos de conservarse en la memoria, por haber sido en defensa de la pátria, acaso interesan menos al corazon que esos monumentos de piedad que nos ha legado el ilustre D. Alonso. Ellos nos recuerdan al caballero cristiano, al guerrero virtuoso, por cuyo descanso eterno debeis pedir al Señor. Si es una obra santa y piadosa rogar por nuestros hermanos difuntos, lo es mucho mas pedir y rogar por aquellos á quienes debemos amar, de quienes no podemos olvidarnos sin incurrir en la nota de ingratos y desconocidos. Y en verdad que el muy ilustre D. Alonso reúne muchos títulos para que ameis y respeteis su memoria, y pidais al Señor por el descanso de su alma. Los nombres de los que se olvidaron de Dios, se escribieron en el polvo, por eso se ha borrado su memoria de la tierra: no asi los de los que le temieron y cumplieron los deberes que la fé les imponía, por eso perseveran ya para que sirvan de estímulo á los que los sobrevivan, ya para que se animen á rogar por su descanso en la gloria.

Sí, Dios mio, oid nuestras oraciones este dia, y conceded el descanso perdurable al hombre caritativo por quien las ofrecemos, y con el mayor fervor de nuestra alma, os pedimos que *anima ejus et animæ omnium fidelium defunctorum per misericordiam tuam requiescant in pace. Amen.*



UVA. BHSC. LEG.13-2 n°1057

UVA. BHSC. LEG. 13-2 n°1057